

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA.—Un número suelto un real.



SUMARIO.

EL AVARO, por E. Conscience.
 LA CARTERA DE PIEL DE ZAPA, por Emilio Souvestre.
 EL ENANO DEL REY DE POLONIA, por M. Roger de Beauvoir.
 LA CIENCIA PARA TODOS.
 FÓRMULAS: Agua dentífica de oro, de los principes.—Nuevo descubrimiento contra el cólera-morbo.—Receta para que las sustancias se vuelvan incombustibles.

EL AVARO.

POR E. CONSCIENCE.

(Continuacion.)

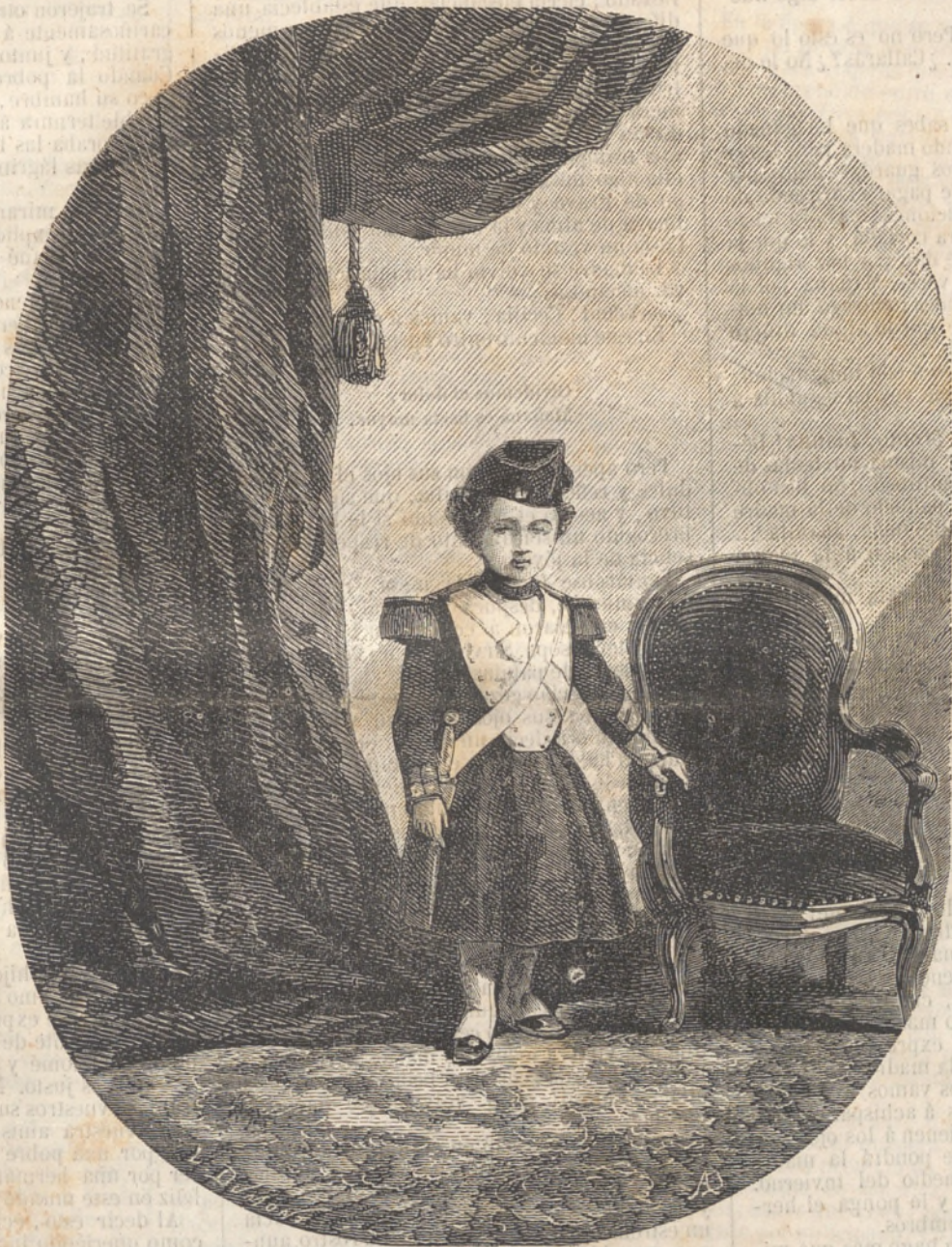
II.

Algo apartada de la triste morada del avaro, en la margen del desnudo matorral, elevábase una pequeña granja cuyas paredes mazonadas de arcilla atestiguan suficientemente que sus habitantes pertenecian á la clase mas humilde de los trabajadores. A pesar del aspecto pobre de esta vivienda, y de la monótona blancura de los campos que la cercaban, reinaba en torno de la modesta granja una especie de movimiento y de vida, y hasta puede decirse de alegría, que hacia aquel sitio tan risueño como el cuadro creado por la poética imaginacion de un artista.

Junto al brocal del pozo estaba una jóven campesina sacando agua para lavar las chirivias destinadas al ganado. Rebosaba salud y ganaba á la rosa en frescura. Sumergia sus desnudos brazos en el agua medio helada sin temor, y cantaba á toda voz con tan alegre tono que al oirla no podia menos que pensarse en el próximo mayo.

Al lado de la puerta de la granja se veia en pie á un jóven campesino de tan buen aspecto como su vecina. Sus hermosos ojos llenos de dulzura revelaban la paz del alma y la bondad del corazon; todas sus facciones, en las que llevaba impresa una dulce animacion, parecian sonreír á la vida. Habia en su semblante, en su actitud, tanta espiritualidad, tanta franqueza y al mismo tiempo tanta distincion, que en medio de cien campesinos de su edad, se le hubiera infaliblemente señalado como el mejor dotado en sentimientos é inteligencia.

Hallábase ocupado en cortar ramas de ave-lano para hacer aros, y trabajaba con mu-



S. A. EL PRINCEPE IMPERIAL, NACIDO EL 16 DE MARZO DE 1856.

cha presteza; sus movimientos eran libres y desembarazados, de manera que las ramas se veian apenas en sus manos. Su actividad era tal que no permanecia un instante sin cambiar los piés de sitio; hubiérase dicho que se complacia en bailar mientras trabajaba. En efecto, en tanto que su hermana cantaba junto al pozo su bailable cancioncita, púsose á acompañarla silbando, y sin saberlo ella, á mover piés y manos al compás de la cancion.

Un perro negro de inquieta cola saltaba jugando cerca del jóven y ladraba á intervalos como si hubiese querido mezclar su voz al canto.

El gentil pitirojo brincaba en los vecinos

guindos; el pinzon repletia alegremente su estribillo encima de los arbustos que orillaban el sendero, y el humilde reyezuelo trotaba en los setos y malezas.

El sol derramaba sobre todo esto torrentes de luz; la nieve resplandecia sobre el techo de la humilde granja como un lecho de diamantes, y el jardin y los campos estaban cubiertos de tintes rosados y purpurinos.

Sea que hubiese dado fin al canto, ó que tuviese que inclinarse demasiado hácia el cuévano de las chirivias, lo cierto es que la jóven calló.

El jóven campesino echó su gorro al aire, volviólo á recibir con la mano, y cantó con un aire muy alegre:

Olvidemos la amargura!
 Ponte el delantal gentil,
 Que se oye ya en la llanura
 Violin, gaita y tamboril!
 Olvidemos el dolor,
 Mañana es fiesta mayor!

—Bartolomé, Bartolomé, dijo la jóven riendo, ya vuelves á tener trastornada la cabeza! Me harás morir de risa con tus monerías.

—A fe mia, querida Juanita, que á no ser por tí empiezo á hacer piruetas hasta no poder mas; estoy tan contento como si tuviese mas dinero que el tío de Cecilia.

—¿De veras? y ¿por qué? pues ignoro la causa. ¿Es porque vas mañana á la feria?

—En efecto, es muy posible que vaya á la feria, Juanita; pues es tiempo ya de que pensemos en comprar un cochinito... Pero no es esta la causa... Mucho tiempo hace que guardo el secreto; sin embargo ven, acércate un poco y lo sabrás todo.

Al mismo tiempo dirigióse á donde estaba su hermana, cogióla por un brazo, y la condujo detrás de un ángulo de la casa, con gestos tan misteriosos, que la jóven le siguió asombrada y mirándole con ojos muy abiertos.

—Y bien! ¿qué significa esto? ¿de qué se trata? murmuró.

—Psit! dijo Bartolomé á media voz; y acercándose á su hermana le preguntó al oído: —¿En qué mes del año nos hallamos, Juanita?

—Aguarda un poco! la última semana estábamos aun en el primer mes: ahora creo que nos hallamos en el mes corto (1).

—Efectivamente, mañana es el cuarto día del mes corto. Y ¿sabes, Juanita, qué santo lleva el calendario en este día?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Santa Ana! exclamó el joven con viva expresión de alegría.

—Santa Ana! la fiesta de nuestra madre, repitió la joven fijando curiosamente sus ojos en los de su hermano.

—Soy un loco, ¿no es verdad, Juanita? y no obstante á no ser por mí lo hubieras olvidado, dijo el joven riendo.

—Esta noticia me place en extremo; pero no veo la causa de tu regocijo. Haremos una torta, tostaremos castañas, beberemos cerveza de cebada, y luego se contarán historias y adivinarán enigmas. Procura saber algo nuevo, Bartolomé!

—Sí, sí, Juanita... Pero no es esto lo que me pone tan contento... ¿Callarás? ¿No le dirás nada á la madre?

—Ni una palabra.

—Escucha pues. Ya sabes que he ganado una bonita suma cortando madera para hacer aros. Este año podremos guardar algo, por primera vez, despues de pagar el arriendo de la granja y las contribuciones... Ahora tengo ahí una carga de madera cortada, y lo que la madre ignora es que me dan por haz algunos *cents* (2) mas que otras veces. Mañana por la mañana me voy á la aldea; entrego mi madera, me pagan, y me quedo algun dinero sin que la madre lo sepa...

—Bartolomé! dijo la joven con indignacion; puedes estar seguro de que voy en seguidita á decirselo á la madre.

—No te amosques tan pronto, Juanita! Déjame concluir, y si tú misma no bailas de alegría dí que soy un mentiroso. ¿No has observado cuán viejo es el pañuelo de la madre y qué aspecto tan miserable tiene, Juanita?... Casi me avergüenzo de verla ir á la iglesia con aquel pingajo...

—Es verdad, Bartolomé; esta misma idea me habia ocurrido.

Estas palabras parecieron causar sumo gozo al joven, quien prosiguió con animacion:

—Y bien, Juanita, ¿lo adivinas? ¿No? voy á comprar un grande y hermoso pañuelo para la madre, tan hermoso, como no lo haya tenido nunca la señora Meulemans, la arrendadora del castillo! Tendrá flores encarnadas, amarillas, azules; en fin podrá verse á una distancia como de aquí á la iglesia.

La joven estrechó la mano de su hermano y dijo con esa dulce emocion que sale del corazón:

—¡Ah! muy bien pensado, Bartolomé! ¡Cuán contenta se pondrá la madre!

—No es esto todo, hermanita! añadió el joven muy gozoso. Será menester un ramo de flores; sé tres canciones, cuatro historias y siete enigmas, todo de lo mas nuevo que se conoce. Las he aprendido expresamente y reservado para la fiesta de la madre. ¡Ah! Juanita, Juanita, ¡cómo nos vamos á reir y á cantar! ¡Cómo nos vamos á achispar un poquito! Las lágrimas me vienen á los ojos solo al pensar en la cara que pondrá la madre cuando Cecilia le dé, en medio del invierno, un enorme ramo de flores y le ponga el hermoso pañuelo sobre los hombros.

—Pero Bartolomé, yo no hago mas que mirar á mi alrededor, y me pregunto en dónde encontrarás flores. Creo que has perdido la cabeza!

El semblante del joven tomó una expresión burlona pero dulce, y dijo sonriendo y fijando sus ojos en los de su hermana:

—Juanita, ¿conoces á un gallardo muchacho que se llama Franz? Un rubio de rasgados ojos, que está por criado en casa el jardinero del castillo?

La joven se puso encarnada hasta las orejas y bajó confusa los ojos.

—Vamos, vamos, dijo Bartolomé con dulzura, no hay para qué sonrojarse, Juanita;

es un muchacho que conoce su oficio, y campeano al mismo tiempo. ¿No crees que me dará flores porque soy hermano tuyo, Juanita?

Antes que la turbada joven tuviese tiempo de responder, oyóse una voz en la casa; era la madre que gritaba:

—Bartolomé, Juanita, á la mesa!

La joven aprovechó esta ocasion para escapar á su hermano y ganó la puerta, mientras Bartolomé la seguía no cesando de repetir á media voz:

—Juanita, puedes decirlo á Cecilia, pero á la madre no, á la madre no...

En el interior ocupábase la madre en sacar la sopa de un enorme puchero.

Junto á la lumbre estaba sentada una joven cuyo traje, aunque casi enteramente igual al de Juanita, demostraba, tanto por su hechura como por la manera con que era llevado, cierta elegancia, que establecía una diferencia entre ellas. El semblante menos encendido de la joven, sus facciones mas finas, y la delicadeza de sus miembros, contribuía tambien á que se la distinguiera á primera vista de una campesina. Sus ojos eran dulces y limpidos, la expresión de su fisonomía tranquila y seductora; en suma habia en ella algo de melancólico que encantaba, algo de grave y reflexivo que atestiguaba la fuerza de alma y la energía del sentimiento... Cosía un vestido de mujer.

La madre se volvió hácia ella y le dijo con voz afectuosa:

—Venid, Cecilia, vamos á comer.

En este momento entró Bartolomé cantando:

Olvidemos el dolor,
Mañana es fiesta mayor.

Pero apenas divisaron sus ojos el semblante dulce y reflexivo de Cecilia, que su voz se detuvo, y acortó el paso como si le hubiese sobrecogido un sentimiento de respeto en presencia de la joven.

Sentáronse todos á la mesa, rezaron con recogimiento, despues de lo cual, cuchara en mano, empezaron á comer con buen apetito la excelente sopa. Sirvió despues la madre una gran fuente de patatas fritas.

Todos parecían gozar una completa felicidad, brillando en sus ojos la salud y la alegría. Bartolomé ora decía un chiste, ora fingía quemarse ó hacia risueñas é incomprensibles alusiones á la fiesta del día siguiente, de suerte que mientras duró la comida no hizo otra cosa que hacer reir á sus comensales.

Si un millonario hubiese podido ver aquella comida, de seguro habria envidiado la suerte de aquellas pobres gentes.

Apenas habian empezado el segundo y último plató cuando se oyó en la puerta un ligero golpe dado como por una mano temerosa.

—Es la pobre viuda del albañil que murió de una caída hace algunos meses, dijo la madre, la ví el domingo cerca de la iglesia y le dije que viniera todos los martes por una limosna. Juanita, corta un pedazo de pan para ella. —Entrad! gritó volviéndose hácia la puerta.

En seguida apareció en el umbral una mujer bastante joven aun, pero cuyas mejillas estaban tan pálidas y flacas, y tan miserables y usados sus vestidos, que su vista producía un estremecimiento de tristeza. Su rostro aunque marchito, tenia un sello de gravedad é inteligencia, y habia en su expresión tanta nobleza y energía que atestiguaba bastante que aquella mujer no habia nacido para mendigar.

Llevaba de la mano una niña cuyos dientes castañeteaban de frío.

Sin hablar palabra y con los ojos inclinados al suelo, continuó la madre el *Pater noster* que habia empezado fuera la puerta.

—Pobre Catalina! jamás hubiera pensado que debieseis un día pedir limosna. Vos, tan hacendosa y trabajadora! Esto me desconsueta...

—Es tan largo el invierno, dijo la viuda suspirando: para mí no hay trabajo, Juanita... El hambre me obliga á salir de casa; pero así que llegue el verano, que habrá que hacer, ya será otra cosa.

Durante este tiempo tenia la pobre niña los ojos fijos en la mesa, brillantes con el rayo del hambre, mientras que el apetito humedecía sus labios.

Cecilia contemplaba esta escena con profunda compasión. De repente, como si una súbita idea hubiese penetrado su espíritu, fijó su vista de una manera singular en los ojos de Bartolomé; y, sea que este la hubiese comprendido ó que siguiera el impulso de su propio corazón, dirigióse á la pobre viuda, la cogió de la mano y conduciéndola á la silla que acababa de dejar:

—Sentaos, buena Catalina, dijo, y comed con nosotros... En donde hay para cinco, hay para siete... y si la cuenta no es justa Dios la arreglará...

Cecilia se habia apresurado por su parte á sentar á la niña en su silla.

Se trajeron otros asientos, interrumpieron cariñosamente á la viuda en sus palabras de gratitud, y juntos atacaron el apetitoso plato. Cuando la pobre viuda hubo satisfecho un poco su hambre, púsose á contemplar con indecible ternura á su hija que indiferente y feliz devoraba las bien condimentadas patatas. Silenciosas lágrimas empezaron á caer de sus ojos.

Todos la miraron con asombro como pidiéndole la explicacion de aquella súbita tristeza; Cecilia fué la única que comprendiéndola dijo:

—Sin duda teneis otros hijos, buena mujer?

—Sí, mi querida señorita, respondió la viuda, tengo dos mas; esta es la mayorcita... los otros pobres corderitos están solos en casa, sin lumbre... y sin haber comido mas que un poco de pan negro en ocho días!

—Pero ¿por qué os habeis puesto á llorar tan de repente? preguntó Juanita.

La mujer inclinó la cabeza y contestó sin levantar la vista:

—Una madre... vos no podeis comprender esto, hija mia... El ver á mi María comer de este modo me causa pena... Los pobres pequeñitos que están allá bajo tienen tanta hambre...

Bartolomé se levantó bruscamente, y limpiándose los labios exclamó:

—Lo creo muy bien...

Luego volviéndose hácia su madre continuó:

—Madre, yo trabajaré dos horas mas cada día; el domingo no iré á la taberna... pero será necesario permitir á la viuda de Juan el albañil que venga á comer todos los días con uno de sus hijos tanto tiempo como alcancen á ello mi aumento de trabajo y mis ahorros.

Los ojos de la madre se fijaron húmedos y brillantes en su hijo, y dijo con voz dulce, en tanto que caía una lágrima de sus párpados:

—Bartolomé, hijo mio, mucho te amaba ya, pero ahora te amo mas que nunca.

Una inefable expresión de consuelo se pintó en el semblante de la mendiga; tomó la mano de Bartolomé y dijo en tono grave:

—Dios es justo. No solo dais al prójimo el fruto de vuestros sudores, sino, lo que es mas aun, vuestra amistad, vuestro corazón; haceis por una pobre viuda lo que podriais hacer por una hermana... Dios es justo; seréis feliz en este mundo!

Al decir esto, echó una mirada á Cecilia, como queriendo indicar al joven la fuente de su dicha futura...

Los ojos de Cecilia llenos de tierno reconocimiento, se habian fijado un instante en Bartolomé; conmovido este por la mirada de la joven y las palabras de la viuda, irguió orgullosamente la cabeza, pero queriendo desvanecer tan profunda emocion se levantó vivamente y respondió con una carcajada:

—Callad, dejadme en paz, ó me vuelvo loco! Feliz, feliz! ¡oh! no cambiaría mi condicion por la de un rey! Acercaos á la lumbre, buena mujer, y calentaos bien... Vamos, Juanita, trae ramas secas y sopla, sopla que esto chisporrotea mucho.

Algunos instantes despues Cecilia estaba sentada junto al hogar, con la niña en sus rodillas. Nadie oía lo que decía quedito al oído de la risueña niña; pero debían ser palabras de una dulzura angelical, pues la peque-

(1) El mes de febrero.

(2) Moneda que vale dos céntimos.

ñita rodeó con sus brazos el cuello de su protectora y la estrechó en ellos.

La pobre viuda contemplaba este espectáculo con celestial enternecimiento.

Pocos momentos despues bajó Cecilia á la niña y acercándose á la viuda hablola en voz baja. Probablemente le rogaria que saliese de la granja con ella.

Juanita, que la observaba como los demás, fuése al lado de su hermano y le dijo al oído:

—¿Qué va á hacer Cecilia con la viuda? seguramente no intentará conducirla á casa de su tío?

—¿No lo ves? Va á darle dinero...

—¡Ah! sí, los catorce sueldos que le ha entregado la mesonera del *Ciervo* en pago de la hechura de esos vestidos de niña. Esta Cecilia dá en verdad cuanto puede ganar! Es preciso que su tío lo sepa!

—Guárdate de mezclarte en eso, Juanita! Son asuntos que á buen seguro no nos incumben.

—No, Bartolomé; es solamente por decir, ¿ves?

Mientras tanto la pobre viuda estaba ocupada en dar gracias á la madre Ana. Cecilia dirigió todavía una mirada de reconocimiento á Bartolomé y se despidió de todos prometiendo volver por la tarde. Tomó á la niña de la mano, y seguida de la viuda salió de la granja.

Cecilia guardó silencio hasta que se hubieron alejado un buen trecho; al llegar á lo último del sendero condujo á la mendiga detrás de un grupo de encinas, miró á todos lados para ver si se las observaba, y dijo por fin en voz baja:

—Segun creo, os llamais Catalina Melsens?

—Sí, señorita, contéstó la niña; mi difunto marido vivió, en su juventud, en casa de vuestro padre.

—Lo sé, Catalina. ¿No os contó nunca nada de lo que sucedó entonces en mi casa?

—¿De un incendio, señorita? Sí, los dedos de su mano izquierda quedaron torcidos y crispados de resultados de aquel siniestro...

Cecilia permaneció algunos instantes con la vista obstinadamente fija en el suelo, pareciendo preocupada por una extrema tristeza. La niña la miraba con ojos compasivos y la tiraba vivamente de la mano como para arrancarla á su dolor. La viuda contemplaba suspenso y silenciosa á la jóven.

Por fin tomó Cecilia la mano de la mendiga y le dijo:

—¿Sabeis, Catalina, que vuestro difunto marido me salvó de las llamas con gran riesgo de su vida? Sí, sí, sin él, hombre valero, hubiera perecido víctima del fuego!

—Pero, señorita, cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo. No os entristezcais por ese recuerdo.

—Mi tristeza procede de otra causa, Catalina. Quisiera poner á vuestros hijos al abrigo de toda necesidad, y no puedo, ¡ay de mí!

—Una palabra nacida del corazón, señorita, es la mas hermosa limosna.

—Escuchadme, buena mujer, pero no digais nada á nadie. Hé aquí catorce sueldos... y mañana al volver á la granja con otro hijo, tal vez podré daros algo mas... tambien haré vestidos para vuestros hijos con los que llevaba mi difunta madre, los cuales serán buenos y de abrigo. Puede que encuentre además algo que pueda servir para vos... ¡Oh! si Dios me secunda en mis esfuerzos vuestras miserias tendrán fin!

La viuda profundamente conmovida cedió á su emoción al oír estas palabras y se puso á llorar bañando la mano de la jóven con lágrimas ardientes y exclamando:

—¡Ah! señorita, era tan desgraciada, tanto, que á veces llegaba á perder la razón; si hubiese podido morir, mucho tiempo hace que hubiera muerto; pero ¿quién se hubiera encargado de mis pobres corderitos? Y ahora la bondad de vuestro corazón, vuestra amistad mas aun que vuestros socorros, me hacen olvidar mi miseria. ¡Oh! ¡cómo rogaré por vos al Eterno! ¡Cómo os bendeciremos de rodillas en nuestra choza mis hijos y yo!

—Si fuese rica! si fuese rica! decia la jóven para sí y suspirando.

—¿Rica? repitió la pobre mujer, lo sereis, señorita. Rica, muy rica!

—Os engañais, Catalina. Las gentes lo creen así, pero seguramente están en un error.

—¿No heredareis á vuestro tío?

—Mi tío es pobre, buena mujer. No posee mas que la vieja casa que habitamos y unas pocas tierras.

—No, no, señorita, tiene mucho, muchísimo dinero.

—Pero vos, que parece decís esto con tanta seguridad, ¿cómo lo sabeis?

—Mi marido era albañil, y trabajaba algunas veces y largo tiempo en secreto por vuestro tío. Tal vez no hay mas que una persona en este mundo que sepa la verdad respecto á este asunto, y esta persona soy yo, señorita.

El asombro de Cecilia llegó á lo sumo al oír esto.

—Y no lo digo por vanidad, prosiguió la viuda, pero puedo daros el nombre de prima, pues la difunta esposa de vuestro tío era hermana de la madre de mi marido. Así van las cosas en los pueblos: los unos tienen suerte y los otros no; se emigra á otros países en busca de pan y al fin no se conocen los unos á los otros.

—¿De este modo esta queridita María es prima mia? preguntó Cecilia con sincera alegría acariciando á la niña.

—Lejana, muy lejana, respondió la viuda. Si en el mundo anduviera todo como debería ir, tambien tendria yo mi parte en la herencia; pero Matias, ese hipócrita adulador, hará de manera que no toque nada á los de nuestra rama.

—Sin embargo, mi tío es justo, dijo Cecilia; á pesar de su extraño modo de vivir, no le falta bondad de corazón.

—Lo sé, señorita; pero ¿conoceis á Matias? La jóven la miró como sorprendida.

—Yo le conozco, por haber vivido largo tiempo en el pueblo que me vió nacer; Matias es un hombre que ha malgastado todos los bienes que heredó de sus mayores y ha hecho morir de pesar á su padre. Medianamente instruido, hizose por necesidad mercader de almas (1) y agente de negocios, y bajo este concepto entró en casa de vuestro tío para arreglar un asunto que estaba bastante enredado. Pronto vió que aquel terreno se prestaba al engaño y á la mentira, y el derrochador, el gloton, el malvado ha aparentado ser avaro, sóbrio y cuidadoso... ¿Sabeis porqué, señorita? Por robarme mi herencia y la de tantas pobres gentes que son de mi rama. Y tal vez... pero no, vuestro tío os ama aun demasiado.

Cecilia se quedó inmóvil, con la cabeza inclinada y la vista clavada en el suelo. Olvidándose de sí misma, la extraña revelacion de la viuda la hacia reflexionar.

Esta continuó:

—Pero nada temais, señorita; á veces se tiene mas valor y talento para los otros que para uno mismo. Matias sabe bien que la pobre Catalina se encontrará acaso un dia en su camino. Por lo demás, señorita, vos sois la única de vuestra rama y la heredera mas próxima, pues que vuestro padre era hermano propio del tío Juan. Otro dia nos ocuparemos mas detenidamente de este asunto; quiero ponerlos en guardia contra aquel tunante... Hace mucho frio y estoy abusando de vuestra bondad. Voy á consolar á mis hijos llevándoles buenas nuevas, y á rogar á Dios por vos, señorita.

Cecilia levantó la cabeza y tomando la mano de la mendiga le dijo:

—Catalina, ¿quereis hacer algo por mí? pero será preciso cumplirlo.

—Con mucho gusto, señorita.

—Pues bien, no roguéis por mí, rogad por mi tío. ¿Lo olvidareis?

—No; lo haré.

—Hasta mañana pues.

La viuda tomó de nuevo el sendero y continuó expresando su agradecimiento con las mas sentidas palabras. De cuando en cuando se volvía hácia Cecilia, que se encaminaba con paso rápido á la morada de su tío.

—María, hijita mia, decia la pobre madre con voz conmovida, esta noche has soñado en un ángel, ¿no es verdad? Pues bien, ahí tienes el ángel! y ese malvado Matias es el diablo!... Vamos, María, corramos un poco, hija mia.

(Se continuará.)

LA CARTERA DE PIEL DE ZAPA.

POR EMILIO SOUVESTRE.

I.

En la época á que se refiere esta historia el vapor no llevaba aun sobre una doble via de hierro á los viajeros que franqueaban el espacio comprendido entre el Havre y Paris. La antigua carretera era sin cesar surcada por las diligencias, los carruajes de los ordinarios y las sillás de posta, y casi á cada revuelta se encontraba uno de esos ventorrillos donde los conductores, cocheros y mayoresales, tienen la costumbre de ir á recuperar sus fuerzas á cuenta de sus pobres caballos.

Esto era precisamente lo que acababa de hacer el conductor de un viejo cabriolé parado sobre una de las zanjas del camino. Bebia, apoyado en el mostrador, un vaso de aguardiente que le servia la hija del tabernero. Al ver su mirada vaga, su sonrisa automática y su andar vacilante, se adivinaba fácilmente que esta estacion habia sido precedida por otras muchas del mismo género. En el momento en que la jóven pasaba el aguardiente de la medida de estaño al pequeño vaso, el tabernero subia de la bodega y reconoció á uno de sus parroquianos habituales.

—¡Hola! compadre Santiago! dijo. El cochero se volvió y murmuró con voz bronca:

—Y bien... hé aquí el otro; gracias, buen hombre... estás bueno, y tú?... Eh! eh! eh! hace calor, hein!

—¿Vas á París? preguntó el ventero.

—No... yo no... es un americano, replicó Santiago riendo; un individuo acomodado... y que tiene prisa... en términos que me ha hecho alquilar un caballo de refuerzo en la última posada... á su costa, se entiende.

—¿Por qué no ha tomado pues la diligencia?

—¡Ah! ¿por qué, malicioso? Porque como dice el otro, porque cuando el vaso está lleno ya no coge mas...—eh! eh! eh!—Pero no tiene de qué quejarse... le he conducido como á un príncipe, siempre al trote... así es que tengo calor.—Otro trago de lo fuerte, chiquilla; es preciso calmar la sed...

En este momento se oyó en la carretera una voz que pronunciaba con cólera palabras extranjeras. El tabernero y su hija se volvieron sorprendidos; pero Santiago prorumpió en una carcajada.

—Prestad atencion, dijo guiñando el ojo. Es mi viajero. El quisiera impedirme que refrescase, con pretexto de que tiene prisa. Estos goddams de América son rabiosos como lobos; así es que ¡bah! poco me importa, ha pagado por anticipado! Eh! eh! eh!

—Comprendo, dijo el ventero tomando parte en su alegría, y apuesto, viejo zorro, que le has hecho pagar el precio de posta por conducirlo en tu cabriolé.

—Y bien, qué! ¿acaso no ha de pagar por su comodidad? replicó el cochero; este hombre es solo, pero debe pagar por dos... lo que no me impediria darle un compañero si se presentase; eh! eh! eh! Pero ¡bah! no tengo remordimientos, el individuo tiene con qué; pues he oído sonar las amarillas en su bolsillo, sin hablar de una cartera negra con cerradura, que debe estar forrada de billetes. ¡Ah! diablo, ¡qué calor! vamos, otro vasito... por despedida.

En esto el tabernero se vió obligado á dejar á Santiago para recibir el precio de una botella de cerveza que acababa de vaciar un desconocido sentado en el fondo de la sala. Era un hombre de unos cincuenta años cuyo traje desaliñado podia anunciar igualmente al via-

(1) Reclutador.



Estos goddams de América son rabiosos como lobos. (Pág. 371, col. 3.ª)

jero escaso de recursos ó al *tourista* menós ocupado de su vestido que de sus gustos. Si el fieltro gris rayado por la lluvia, el paletó de cutí descolorido y el calzado estropeado sugerían la primera suposición, los lentes de concha suspendidos del cuello y el junquillo con puño de ágata conducían á la segunda. En cuanto al rostro y á las maneras participaban de la misma mezcla: las facciones eran finas, pero un poco gastadas; los movimientos distinguidos, pero alguna vez vulgares; de modo que el observador no se hubiera atrevido á decir si era un hombre de mundo que se descuidaba ó un aventurero que habia visto el mundo.

Habiendo oído la conversacion del ventero y de Santiago, el desconocido declaró que se dirigia á París y preguntó al cochero si queria conducirlo; á la respuesta afirmativa de este, se informó del precio, que aceptó sin regatear, y dijo que iba á montar; pero Santiago le detuvo con un gesto.

—¡Un minuto! ¡un minuto! ciudadano, le dijo; es preciso primero explicar la cosa al individuo que está allí en mi zueco.

—Entonces, habládme, replicó el nuevo viajero.

El cochero hizo una mueca.

—Eso es fácil de decir, replicó riendo; mas os haré observar que soy tan bestia que no sé mas que el francés, y el otro no entiende jota.

—Si no es mas que eso yo le hablaré, dijo el desconocido.

—¡Sabeis el americano! exclamó Santiago maravillado; entonces de fijo... Al escuchar su algarabía no rehusará... ¡Oh! pero es menester llamarle por su nombre, esto hace siempre mejor efecto... se llama... ¿cómo diantre?

—Sin embargo yo lo he visto sobre su maleta; mirad, por allí detrás se puede leer.

—Roberto Owes, dijo el viajero.

—¡Esves! interrumpió Santiago, eso es, pardiez!

Y acercándose al cabriolé añadió llevando la mano á su sombrero:

—Eh! señor Roberto... ¿cómo es el otro nombre?... no importa! Hé aquí un viajero que habla vuestra lengua y que quiere haceros compañía. Apoyaos un poco á la izquierda... sin que esto sea mandaros.

El americano no pareció comprender y re-

pitó sus maldiciones contra las continuas paradas de su conductor.

—Si el señor Owes lo permite, observó el recién llegado en inglés, yo le serviré de intérprete al mismo tiempo que de compañero de viaje, y espero que conseguiremos hacer andar á este borracho.

El rostro del yankee se serenó.

—¡Ah! por fin encuentro alguien que comprende y que habla! exclamó.

—El señor Owes dispensará que hable mal el inglés, dijo el recién venido sonriendo.

—¿Vais á París? interrumpió el extranjero.

—Con tal que haya lugar para mí en vuestro cabriolé!

El señor Owes le examinó con ojo escrutador.

—Lo habia alquilado para mí solo, objetó despues de una pausa.

—Dispensad, repuso el desconocido en tono cortés, vuestro cochero parece haberlo comprendido de otra manera; pero eso puede explicarse...

—Es inútil, caballero, dijo el americano; eso seria otro tanto tiempo de retardo; subid pronto, os lo ruego, y tratad de persuadir á ese bribon que estamos en camino para llegar á alguna parte.

El viajero con paletó de cutí se apresuró á aceptar la invitacion; Santiago cerró el mandil de cuero, ocupó su puesto y el carruaje partió.

La noche empezaba á aproximarse, una niebla gris subia del fondo del valle y cubria lentamente el horizonte. Aunque los árboles tuvieran todavia todas sus hojas, el otoño les habia impreso ya un carácter de decadencia que entristecia. Sea por la influencia de esta vista, sea por otra causa, el señor Owes guardaba un profundo silencio. Despues de algunas dudas, su compañero de viaje trató de anudar la conversacion, pero la brevedad de las respuestas del yankee le desconcertaba cada vez y le obligaba á un nuevo esfuerzo. Decidióse, por consecuencia, á hablar solo y á dar á su lacónico interlocutor el ejemplo de la confianza.

Este supo que se llamaba Francisco Germain, que habitaba en París y volvia de una excursion arqueológica en el departamento del Sena inferior. Habló en detall de las anti-

güedades normandas, nombró las propiedades que apercibian al pasar é hizo la historia de los propietarios. Los conocia á todos: muchos eran sus antiguos camaradas de clase, algunos sus parientes. El mismo poseia una pequeña hacienda que no se podia ver desde el camino, pero cuya posicion indicó detrás de una colina.

A pesar de estas confidencias familiares, el señor Owes estuvo singularmente circunspecto; todo lo que su compañero pudo saber de él, á fuerza de preguntas, fué que iba á París para un asunto importante.

—¿Y es la primera vez que vais? preguntó el señor Germain.

Aquel respondió afirmativamente.

—¡Diablo! ¡diablo! tened pues cuidado, continuó el arqueólogo. París es una ciudad terrible, caballero! cada mañana se despiertan allí veinte mil pillos que, para desayunar, no tienen sino su apetito, y por recurso la bolsa de los transeuntes.

—Sin embargo, yo creo que teneis tribunales y que en ellos se administrará justicia, objetó el yankee.

—¡Justicia! repitió riendo el señor Germain, ciertamente; es un artículo que tenemos, y que se compra... con dinero...

El señor Owes bajó la cabeza.

—Sea, dijo hablándose á sí mismo; se pagará lo que sea preciso.

—Es decir que habeis tomado precauciones y que llegareis bien provisto, replicó el arqueólogo con una sonrisa significativa.

—Llegaré con algunos dollars, dijo el americano friamente, pues cuando viajo no llevo nunca conmigo mas que el dinero indispensable.

—Entiendo, preferis los billetes de banco.

—De ninguna manera.

—¿Las letras de cambio, tal vez?

—Tampoco.

—¿Créditos contra un banquero, quizás?

El señor Owes no respondió.

—Comprendo, repitió el señor Germain, es cómodo ciertamente... pero tiene tambien sus inconvenientes... los banqueros... pueden quebrar...

—Eso es asunto mio, observó secamente el señor Owes.

El arqueólogo-propietario se inclinó.

—Muy justo, perfectamente justo, dijo.

Y apoyándose sobre la ventanilla del carruaje, se puso á mirar al campo tatarareando.

Era evidente que sus confianzas léjos de ganar al yankee le habian asustado y que se mantenía á la defensiva. El señor Germain pareció si no ofendido, al menos contrariado. Afectando mirar el paisaje que iba á ocultarse en la sombra, echaba al soslayo una mirada al señor Owes del cual estudiaba cada movimiento.

Este, libre de la parlanchinería de su compañero, habia sacado de su bolsillo una cartera de piel de zapa con cerradura que abrió por medio de una llavecita mezclada entre los díjes de su reloj, y de la cual se puso á examinar el contenido. Los gorgoritos del arqueólogo se habian apagado poco á poco, y su mirada fija con un ardor singular sobre los papeles que arreglaba el americano, parecia querer leer á través de los pliegues su contenido. Este último, sorprendiéndole dos ó tres veces en este exámen indiscreto, le habia obligado á volver la cabeza y á empezar de nuevo su cancion; mas en fin, cansado de encontrar sus ojos inmóviles sobre su cartera, la cerró con impaciencia haciéndola desaparecer en el ancho bolsillo de su sobretodo de viaje.

El señor Germain no pudo contener un gesto de despecho y se hundió en el rincón del cabriolé, como si hubiese renunciado á toda comunicacion con el americano.

Este fué quien, contra lo que era de esperar, rompió primero el silencio.

La marcha del carruaje debia fijar su atencion; hizo observar al arqueólogo que su conductor, que se habia dormido en su asiento, dejaba rodar su carruaje á la casualidad. El señor Germain se encogió de hombros, y respondió con irónica indiferencia, que habia siempre dudado si era el cochero quien debia conducir los caballos, ó estos al cochero. El yankee observó que en este caso su posicion era poco segura, visto el desacuerdo del tiro. El nuevo caballo de refuerzo tomado en la parada precedente no cesaba, en efecto, de contrariar á su compañero con arranques y sacudidas que alteraban sus costumbres de locomocion pacífica. Estos tirones redoblados habian poco á poco acelerado la marcha comun, pero con visible descontento de los dos caballos, que se enardecian en su hostilidad. El cabriolé, en lugar de seguir una línea recta, describia continuas curvas, y habia ya tropezado muchas veces con los carruajes que venian en sentido inverso. Arrancado á su entorpecimiento de embiaguez por las maldiciones de los otros cocheros y por las advertencias de los viajeros, Santiago no tomaba las riendas sino para dejarlas bien pronto flotar de nuevo.

Sin embargo tenian casi la noche encima, la impaciente desavenencia del tiro iba creciendo, y con ella las quejas del señor Owes. Su descontento se habia transformado insensiblemente en inquietud; despues, cuando vió la inutilidad de todas sus advertencias, se aumentó su cólera que fué tomando mayores proporciones por la calma afectada y las bromas de su compañero. El señor Germain parecia tomar revancha por la frialdad suspicaz



Se apresuró á abrirla, pero.... (Pág. 374, col. 1.ª)

del extranjero, riéndose de sus esfuerzos para hacerse comprender de Santiago. A sus expresiones de francés bárbaro, el cochero siempre aletargado, y que poseia el fondo de la lengua inglesa á la manera de Figaro, respondia con *yes* redoblados, pero sin hacer innovacion alguna.

—Caballero, caballero, exclamó en inglés el señor Owes que se volvió hácia el arqueólogo, ya veis que este hombre no me entiende.

—¡Cómo pues! replicó el señor Germain irónicamente, me parece al contrario que os responde en vuestro idioma.

—No tengo ganas de reir, caballero, respondió el yankee encolerizado.

—Ya lo veo, dijo el señor Germain que jugaba con sus lentes.

—Ese bribon parece decidido á estrellarnos.

—¿Lo creéis así?

—Eso os interesa como á mí, caballero.

—Incontestablemente.

—¿Supongo no tendreis deseos de romperos la cabeza?

—No en verdad.

—En ese caso habladle pues!

—Dispensad, mis palabras no tienen el poder de desemborrachar.

—Y bien! que baje! exclamó el americano furioso, yo conduciré el carruaje por mí mismo.

—¡Bah! repuso el señor Germain, poner un cochero á pié; eso seria, caballero, como si se degradase á un oficial ó si se declarase un negociante en quiebra.

El señor Owes se volvió hácia su compañero con el rostro inflamado.

—¿De modo que sufrireis que continúe de esta manera?

—Yo sufro siempre lo que no puedo impedir.

—Entonces soy yo quien va á bajar, exclamó el americano exasperado; advertid que voy á bajar, caballero... Os suplico preveniais á vuestro borracho compatriota...

Pero fué interrumpido por un choque violento; el cabriolé acababa de tropezar con uno de esos montones de piedras partidas puestas en reserva para la recomposicion del camino. Santiago, despertado por el sobresalto, dió un latigazo á los caballos que, ya sobreexcitados, arrancaron bruscamente. Iban á llegar á una pendiente rápida que conducia á un estrecho puente. El señor Owes vió el peligro que su disposicion de espíritu aumentaba mas; lanzó una maldicion y levantó el tablero de cuero gritando que queria apearse; pero léjos de pararse el cabriolé precipitaba su carrera á favor de la pendiente que lo arrastraba. El americano se levantó con esa resolucion súbita y arrebatada que en él parecia natural; su compañero dió un grito y extendió el brazo para detenerle, pero ya era demasiado tarde; se habia arrojado: se oyó el ruido de su caída, un débil gemido, despues nada mas! el cabriolé rodaba rápidamente por la pendiente, á pesar de los gritos del viajero que se hallaba dentro y de los esfuerzos del conductor, arrancado esta vez á su somnolencia.

No se detuvo sino á la entrada del puente, delante de una casilla á la puerta de la cual flotaba el ramo de hiedra y el rosario de manzanas que indica las tabernas de último orden. Solo allí fué donde Santiago supo lo que habia pasado. El señor Germain y él miraron hácia atrás en el camino, pero la bruma de la noche lo ocultaba, y no era posible distinguir nada. Llamaron sin que se les respondiese. Los dos se decidieron entonces á retroceder hasta el sitio en que el extranjero se habia precipitado fuera del cabriolé.

Lo encontraron; pero tendido en el suelo y sin movimiento. No obstante, al examinarle, no apercibieron señales de sangre, y los miembros parecian sanos y enteros; los dos opinaron que el señor Owes estaba desmayado únicamente y se apresuraron á trasportarle á la taberna. Pero allí los cuidados que se le suministraron no pudieron volverle á la vida. El señor Germain empezó á temer que la caída hubiese sido mas peligrosa de lo que pensaba. Era preciso ante todo un médico; Santiago sobresaltado desenganchó rápidamente su caballo, lo montó y partió, dejando el herido al cuidado de la tabernera y del arqueólogo.

Este interrogó entonces á la vieja sobre el tiempo necesario al cochero para traer el socorro esperado; ella respondió que serian menester á lo menos dos horas, suponiendo, lo que era dudoso, que se encontrase en su casa al doctor. El señor Germain preguntó si era el único que podria encontrarse en las cercanias, y como la tabernera le indicase otro, la instó para que se apresurase á buscarle. La vieja vaciló algun tiempo, pero empleó él con tanta fuerza los ruegos, las amenazas y las promesas, que la buena mujer se decidió por fin á ponerse sus zapatos, á encender una linterna y á partir refunfuñando.

EL ENANO DEL REY DE POLONIA,

POR M. ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion.)

Apenas hubo desaparecido en la niebla, cuando nuestro *tourista*, que habia quedado á la puerta, entró vivamente y corrió el cerrojo.

La taberna no tenia mas que una sola pieza, que servia al mismo tiempo de despacho de bebidas, de cocina y de alcoba. En el fondo habia una miserable cama sobre la cual estaba tendido el americano.

El señor Germain paseó en derredor suyo una mirada rápida. La expresion de sus facciones habia cambiado completamente. Sus ojos brillaban con fulgor sombrío, su frente se habia arrugado; á su sonrisa indiferente acababa de suceder una especie de contraccion de labios que anunciaba una firmeza atrevida; toda su apariencia indolente habia hecho lugar á un aire de actividad febril; la máscara de arqueólogo cayó para dejar ver á un hombre de accion.

Se dirigió primero á la ventanilla que cerró á fin de que no pudiera verse desde fuera lo que iba á verificar; puso la vela en el suelo, para que la vidriera no se iluminase, y despues se acercó al herido.

Estaba todavia inmóvil y no dejaba oír sino una respiracion débil y muy corta. Su guardian puso sus dos manos bajo su paletó entreabierto, como si hubiera querido asegurarse de los latidos de su corazón; pero cuando las retiró la una tenia una bolsa y un reloj, la otra una cartera de piel.

La prontitud con que esta doble operacion acababa de ser ejecutada demostraba una práctica tal en estos ejercicios que no podia dejar la menor duda acerca del pretendido arqueólogo. Midió en efecto, al simple golpe de vista, la bolsa del yankee y reconoció que este último no le habia engañado al hablarle del poco dinero que llevaba para su viaje. Creyendo que la cartera estaria mejor provista, se apresuró á abrirla, pero con gran sorpresa, no encontró en ella mas que apuntaciones de cuentas saldadas ó cartas de negocios.

Su rostro tomó una expresion de despecho y arrojó sobre el moribundo una mirada irritada.

—Nada, murmuró: diablo! no valia la pena de matarse para hacerme heredar algunos luises!

Y no pudiendo pasar por semejante desengaño, continuó registrando la cartera; pero todas sus investigaciones no le hicieron descubrir mas que titulos sin valor ó correspondencias. En vano examinó estos papeles con la esperanza de encontrar en ellos alguna indicacion útil; despues de haberlos recorrido sucesivamente, quedábale por último una carta que contenia tres billetes firmados Oves, pero pagados hacia muchos meses, é iba á unirla á las otras, cuando una palabra fijó de repente sus ojos; leyó las primeras líneas, creció su atencion, desdobló la hoja todavia medio doblada y prosiguió con un interés siempre creciente hasta la firma. Llegado allí, se paró un instante; despues repitió su lectura interrumpiéndola con pausas meditativas. A medida que avanzaba, sus ojos parecían animarse, sus facciones pasaban alternativamente de una ansiedad investigadora al desfallecimiento; palabras interrumpidas se le escapaban como si algun gran debate se efectuase consigo mismo; en fin todo su rostro se iluminó como á efecto de una resolucion definitiva y volvió á doblar la carta.

En este momento un ruido de pasos y de voces se oyó en el camino. No tuvo tiempo mas que para volver á poner en su lugar la bolsa y el reloj, y correr á la puerta de la cual descorrió el cerrojo.

Era la tabernera acompañada del médico. Este se acercó al herido, le examinó algun tiempo con detencion, y despues moviendo la cabeza dijo:

—El socorro llega demasiado tarde, y en todo caso hubiera sido infructuoso.

—¿Estais seguro? exclamó el señor Germain.

El médico observó todavia un instante el pulso del moribundo, y volviéndose como un hombre que no tiene nada que hacer, añadió con una seguridad que no dejaba lugar á ninguna duda:

—Antes de una hora, caballero, no tendreis ahí mas que un cadáver.

(Se continuará.)

Leopoldo pronunció quizás por vez primera la palabra *pobre* *Bebé* con expresion de inefable bondad. Amaba á aquella débil criatura con cariño sincero, y habia seguido paso á paso la rebelion de una naturaleza envilecida contra sí misma, se habia complacido en hacer germinar en ella una multitud de instintos nobles é interesantes. Leopoldo habia obtenido muy pronto la recompensa, y *Bebé*, el pobre niño que parecia habia de heredar al venir al mundo todas las pasiones bajas y feroces de Etzel, fué por el contrario espejo fiel de la organizacion moral de Irma, y su vida, como la de su madre, dolorosa pero resignada. Ninguna queja habia salido nunca de su boca hasta entonces, y sin embargo habian llovido sobre él las palabras desdeñosas, las reprensiones y la mofa. Lo que mas le humillaba era la barrera insuperable que la marquesa de Boufflers acababa de alzar recientemente entre su hijo y él: *Bebé* no era mas que el humilde criado del caballero.

Por natural que fuese, esta línea de demarcacion indignaba al pobre enano, y solo se consolaba con la afectuosa benevolencia de Leopoldo. ¿Cuántos favores no debia al protector generoso que habia sido su maestro y habia elevado su corazón desarrollando su inteligencia?

Bebé expresó en un principio una profunda tristeza, pero se tranquilizó despues, porque Leopoldo le habia enseñado á amar á su propia madrastra, á la naturaleza que con él habia sido tan avara. A despecho de su rigor, *Bebé* se sorprendia de que la amase como un pobre niño ama á su nodriza aun despues de haberle castigado, y lanzando á veces sus miradas al firmamento tachonado de estrellas, lo admiraba con éxtasis de amor. La soledad era para él un dulce consuelo, y el único odio que abrigó ocultamente su corazón fué contra sus padres, pero les perdonó su abandono pensando en su miseria. En una palabra, á pesar de la máscara eterna de su fealdad, acalló en su alma todos los gritos impetuosos que la agitaban y fué bueno y generoso.

Su boca, abierta para maldecir, murmuró cantos que le consolaban, y sacrificado de antemano á la implacable ironia de los hombres, les olvidó para no pensar mas que en el libro de la creacion. Dirigió su voz á las brisas de la tarde que besaban su frente y al silencio consolador de las noches serenas, no como un poeta frívolo que busca estancias, sino como un herido que se arrastra entre sollozos. Se engrandeció su talento, ese don con frecuencia fatal á las naturalezas precoces como la suya, para las cuales es un resplandor vivísimo que las abrasa; pero aplicándolo á lo infinito, logró dominarse, y se sintió mas firme y tranquilo contemplando la naturaleza de que no era mas que un átomo. Pronto unió su llanto fraternal con todo lo que gemia; los gritos de la tempestad dominaban los suyos; la queja que se exhalaba del seno de la creacion le ruborizó, y la eterna ley del sufrimiento hizo que encerrase el suyo en el corazón y sobrellevase con menos impaciencia su peso.

Pero llega un instante en que el espectáculo del silencio no basta, y en que la mirada de una mujer ó un pie furtivo impreso en la arena turban y amilanán á los mas fuertes. *Bebé* vió á Alina, y perdió su resignacion, apoderándose de él el dolor con nueva autoridad. Aquella hermosa jóven despertó en su corazón un sentimiento de que tuvo miedo y no se resolvió nunca á expresar. Desdeñado de todos, no hubiera podido sufrir su desden, y conoció desde el primer día que su amor era un mal incurable.

Alina ejercia en él un extraño imperio; con frecuencia huía con sigilo para mirarla al través de las arboledas del parque y separaba con su mano las espesas ramas, y otras veces permanecia pensativo horas enteras delante del clave del pabellon donde se refugiaba Ali-

na para cantar. Cierta dia derramó lágrimas de gozo porque la jóven le permitió que la condujese en una barquilla por el estanque real, y desplegó en aquella ocasion tanta fuerza y gracia tanta, que la misma marquesa aplaudió al batelero.

Existia sin embargo en esta idolatría perpetua del pobre niño tal sentimiento de inferioridad, que Alina se habia visto precisada varias veces á reanimar su valor. Encontraba á menudo sobre el clave versos de *Bebé*, se los llevaba gozosa, y tenia cuidado de no enseñarlos al caballero de Boufflers que se hubiera burlado del pobre poeta. Compadecia la suerte de *Bebé* y trataba de suavizarla secundando los esfuerzos de Leopoldo, porque todo lo que amaba el capitan tenia eco en su corazón candoroso.

—¡Desgraciado niño! pensaba Leopoldo al mirarle, ¡con cuánta razon puedes decir que eres victima de tu destino! No á ti sino á otra pertenecerán los besos de tu madre, pues solo tu aspecto la repugna y recuerda sus dolores. Pasará por tu lado y no merecerás una mirada; pero así lo quiere el cielo, pues ¿de qué te servirian las caricias de una madre? Diciéndote á quién debes la vida, ella se veria obligada á decirte quién era tu padre, tu padre á quien yo maté estando tú delante. A falta de una madre tendrás el santo é inviolable asilo de la amistad. Pobre y débil criatura, yo velaré por ti.

Y Leopoldo lanzó al enano una mirada de ternura.

Se oyó entonces rumor de pasos cercanos, y el capitan vió á la condesa que se dirigia hácia aquella parte del jardín con Alina. Hablaban con animacion, pero suspendió su conversacion la presencia de Leopoldo.

La condesa, bajo el pretexto de obedecer á la reina, dejó al jóven con Alina... Ambos estaban solos, porque *Bebé* habia desaparecido cuando vió á las dos mujeres.

Alina se encontraba entonces cerca del pabellon donde Leopoldo la habia sorprendido ya una vez en el clave; su rostro estaba pálido y su pecho oprimido.

—Leopoldo, le dijo, temo haber disgustado ya á mi madre.

—Vos, querida Alina, que sois tan buena y atenta! Los tristos relatos que habreis recibido de la boca de vuestra madre habrán oscurecido sin duda vuestra hermosa frente. Sí, su vida ha sido una cadena de desgracias y ha padecido mucho, pero una sonrisa vuestra las dará todas al olvido.

—Al olvido! ¡oh! no, Leopoldo, se acuerda. Creo que su mayor desgracia es un amor cruel y obstinado; no he podido saber quién es el hombre que ama, mas viéndola tan bondadosa y tan triste, no me he atrevido á decirle que tambien yo amaba, porque esta confesion hubiera acrecentado su dolor. Sin embargo, tal vez ha penetrado el secreto que quisiera ocultarme á mi propia, tal vez sabe ahora...

Alina calló porque la interrumpieron los sollozos, y dirigió á Leopoldo sus ojos bañados en lágrimas...

—Sí, continuó, solo desde hoy comprendo el orgullo de la dicha, porque puedo partirla con vos.

—Conmigo! murmuró Leopoldo asombrado.

—¿En quién creiais pues que pensaba? dijo Alina con voz trémula. ¿No fuisteis vos quien me recibió en el castillo, estando el rey ausente, cuando la marquesa de Boufflers me llamó á su lado? ¿No os debo á vos desde ayer una familia? Veo que estabais de acuerdo con el rey, y que erais depositario de un secreto de ventura para mí. ¡Gracias... mil gracias por haberme devuelto una madre cuyos pesares podré consolar, por haberme dado el medio de elevarme hasta vos! Sois mi ángel tutelar y nunca lo olvidaré. Lo que siento por vos en nada ofende al Dios que nos ve; ¿por qué os hizo valiente, compasivo y generoso? Hasta que mi madre consienta en unirnos, os suplico; Leopoldo, que descubrais el mal que la mata y penseis que debeis curarla. No sé por qué la entristecen mis infantiles confidencias; ¿se opondría tal vez á que os amase? Ayer temblaba de abrir mi corazón, pero me siento mas fuerte. No obstante, com o

temo encontrar las llagas de la que amo, os encargo á vos para que le digais cuál es el estado de mi corazón. Mi último latido, amigo mio, será por vos!

Cediendo de este modo á la voz imperiosa que la sojuzgaba Alina se ocultó la frente con ambas manos.

—Semejante confesion os asombra sin duda, continuó, pero pensad, Leopoldo, en lo que he padecido. ¡Ah! solo desde ayer existo.

—Alina, respondió Leopoldo, sería el mas culpable de los hombres si os ocultara la verdad. Mi porvenir no me pertenece; otra tiene derecho á mi cariño, otra que me amaba y á quien yo amaba antes que á vos!

—Otra! repitió la jóven cruzando las manos; y una palidez mortal cubria sus mejillas y su voz expresaba su emocion.

—Otra, continuó Leopoldo con un esfuerzo, otra, querida Alina, que me ha esperado mucho tiempo en medio del luto y las lágrimas. Unida estaba al destino de un hombre cruel, pero por fin se ha roto su cadena, y es feliz y libre. Ha luchado contra la desgracia durante quince años, teniendo siempre mi imagen en su pensamiento. La he vuelto á ver, Alina, y conozco que mi abandono la mataría. Vos tenéis en vuestro favor la juventud, ella no tiene mas que el dolor. Decís que me amais... ¡oh! lo creo, porque á vuestra edad no se miente, pero no puedo acompañaros por la senda risueña que os ha trazado la imaginación: mi destino está formado y no romperé el círculo en que ha encerrado mi vida.

—Si os ama, respondió Alina, ¿qué habeis hecho por ella, Leopoldo?

—La he devuelto su hija, dijo Leopoldo con esfuerzo; esa mujer es la condesa.

—Mi madre!

—Una madre, Alina, que os amará tanto como yo, y á quien no debéis hablar nunca del amor que os he inspirado si no queréis matarla.

—Mi madre! Me habláis de ella y no lo habia adivinado! Pero ¿de qué me quejo? ¿No vivireis á nuestro lado?

—Si; vuestro destino está irrevocablemente unido al mio; seréis mi hija, querida Alina.

—Ahora seremos dos para amarla, dijo la jóven con dulce resignación.

—¡La marquesa de Boufflers! exclamó súbitamente Leopoldo estampano un beso trémulo en la frente de Alina.

La marquesa venia á avisar al capitán que la condesa preguntaba por él. Alina le vió desaparecer con despecho y tristeza, y se dirigió al pabellon de verano donde le esperaban habitualmente sus cuadernos de música. Se habia hecho ya de noche, y se estremeció de miedo, pues creyó ver salir una sombra del grupo de arbustos que cercaban el pabellon.

Alina lanzó un grito, y la voz de Vanda la impuso silencio con aire misterioso.

—Seguidme, señorita, añadió la enana; os buscaba.

Alina la siguió maquinalmente, y las dos se pararon al llegar á un pequeño templo octogonal que se alzaba en frente del pabellon.

—Vais á verle, dijo Vanda, y me explicareis tal vez...

Alina contuvo su aliento, y aprovechándose como la enana del intersticio de la puerta que dejaba salir un débil rayo de luz, miró interiormente... Aquel sitio servia de oficina de farmacia á los empleados de palacio, y estaba lleno de vasijas y alambiques. Veíanse sobre aparadores de encina algunos paquetes de yerbas, recipientes, botellas, vendas é hilas. Un perro, el fiel Piramo, estaba de centinela en la puerta, y á su lado Bebé, encaramado en una silla, consultaba los rótulos con la luz. Tomó por fin un frasco de figura oblonga, bajó de la silla, y salió bruscamente seguido del perro.

Bebé quedó helado al ver á Alina y á Vanda en el dintel de la puerta.

—¿Está herido Piramo, preguntó la enana, y buscas alguna yerba para curarlo?

—Si... Piramo... está... herido, balbuceó Bebé; dejadme.

Y aceleró el paso como para huir.

—También á mí me rechazas, querido Bebé? le dijo Alina.

—¡Oh! á vos no, señorita; pero ¿cómo os dignais bajar vuestros ojos hasta mí ahora que sois rica y noble? añadió el enano del rey, acentuando estas últimas palabras.

—Siempre seré para tí lo que he sido; ¿tienes algun motivo de queja contra mí?

—No, señorita, respondió el enano moviendo la cabeza.

—¿Qué es eso que llevas en la mano?

—Un frasco que me hará un excelente servicio.

—Me respondes con aire muy triste. ¿Quieres que te cante para distraerte alguna de tus canciones favoritas? ¿Los últimos versos que escribiste para mí?

El enano inclinó la cabeza y parecia profundamente pensativo. La luna bañaba amorosamente con sus amarillentos rayos el césped que pisaba; Bebé se inclinó al suelo, cogió una margarita y la deshojó en silencio. Al arrancar el último pétalo, arrojó el tallo con un suspiro.

—Pobre Bebé, dijo la jóven, ¿temes acaso que no te ame Vanda?

Esta pregunta hizo que estallasen los sollozos por tanto tiempo contenidos de Bebé, el cual lanzó á la enana una mirada extraña de desprecio é ira.

Los tres se hallaban á corta distancia de las gradas cuando de pronto se arrodilló Bebé delante de Alina.

—¿Qué haces, Bebé? ¿Representas algun papel de comedia?

—No, señorita; os hago una súplica, dijo el enano con voz alterada por el dolor. Mas ¡ah! veo que no me escuchareis.

—Por el contrario, habla con confianza, respondió Alina vencida por la desesperación profunda y la actitud humillante del enano.

—Pues bien, señorita; hacedme el favor de pasar una hora esta noche en mi cuarto con Vanda.

—¿Con Vanda? Bien. Será la primera vez; pero creo que padeces y será preciso mecerte como los niños para dormirte.

—Si; me dormiré... murmuró con voz sorda, me dormiré tranquilamente!

Y su mirada brillaba como el relámpago y sus cabellos se erizaban al soplo del viento mientras pronunciaba estas palabras.

—Bendita seas mil veces! añadió: la felicidad y la nobleza no os han dado orgullo... me compadeceis!

—No hay duda que te compadezco, dijo Alina haciendo un gesto gracioso, pero mas compadezco á Vanda. ¿No ves como la has hecho llorar? Pero te perdono; ¿no eres amigo y protegido del señor de Arveines?

Bebé no hizo caso de estas palabras, pues no se ocupaba mas que de la dicha de ver entrar en su cuarto á Alina como una encantadora aparición. La enana siguió confusa y triste á la jóven, advirtiendo con inquietud que Bebé miraba con frecuencia el frasco que llevaba en la mano.

(Se continuará.)

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuacion.)

517. ¿Cómo conocemos que los objetos reflejan la luz en todas direcciones?

Porque si hacemos un agujero en una carta con un alfiler y miramos despues un paisaje á través de este pequeño agujero, vemos algunas millas de terreno y muchos miles de objetos; por consiguiente, es preciso que todas las partes y todos los objetos que abraza la escena que descubrimos envíen sus rayos de luz al pequeño agujero abierto en la carta.

(En un extremo del país mirado por el agujero de la carta puede haber un bosque; mas allá alturas bañadas de dorada luz y cubiertas de brillantes nubes; á cierta distancia puede correr un rio serpenteando caprichosamente como si en su amor por su querida

tierra quisiera que toda ella participase de la frescura de sus benéficas aguas. En la parte mas cercana puede haber una iglesia cubierta de un millon de hojas de hiedra, y al rededor del sagrado edificio agrupados centenares de devotos, viejos y jóvenes, ricos y pobres; abundantes flores pueden adornar los caminos y numerosas mariposas hacer centellear el aire con sus bellos colores: sin embargo, cada uno de estos objetos, bosque, alturas, nubes, rio, iglesia, hiedra, gente, flores, mariposas, deben enviar sus rayos de luz que, atravesando el pequeño agujero de la carta, vayan á pintar el cuadro sobre el lienzo del ojo.

Este es uno de los mas sorprendentes ejemplos que pueden ofrecerse de las propiedades maravillosas de la luz, y de la infinidad de rayos luminosos que acompañan la majestuosa aparición del sol. No solamente la luz parte del gran «regulador del día» con una velocidad que es un millon y medio de veces mayor que la rapidez de una bala de cañon, sino que volviendo á partir de todas las superficies reflejadoras con igual velocidad, alcanza á la delicada estructura de nuestro ojo, tan suavizada, que dá en la cortina nerviosa tendida en él para recibirla y le comunica las mas gratas sensaciones, refiriendo la historia del mundo externo con una minuciosidad de pormenores y una exacta verdad. Hubo un tiempo en que los filósofos buscaban el peso de un rayo de sol; al efecto construyeron una balanza muy delicada, y de pronto hacian caer sobre ella un rayo de luz; el fiel de la balanza era tan sensible que el vuelo de una mosca lo hubiese hecho mover. Despues de hechos todos los preparativos aquellos hombres graves ocuparon su puesto, observando atentamente el resultado. El rayo con el cual debia hacerse el experimento habia dejado el sol ocho minutos antes de sufrir la prueba. En aquel corto espacio de tiempo habia cruzado un espacio de noventa y cinco millones de leguas, llegando al platillo de la balanza con su ininterrumpida velocidad; pero el fiel no se movió, y los filósofos se quedaron mudos.)

518. ¿Por qué cuando andamos hácia un espejo la imagen se acerca á la superficie reflejadora á medida que nos acercamos á ella, y se retira cuando retrocedemos?

Porque las líneas y los ángulos de reflexion son siempre iguales á las líneas y á los ángulos de incidencia.

519. ¿Qué es línea de incidencia?

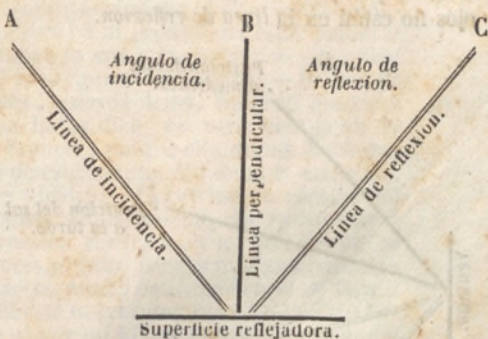
Si una persona se coloca en línea recta delante de un espejo, la línea por la cual la luz se dirige al espejo es la línea de incidencia.

520. ¿Qué es línea de reflexion?

La línea de reflexion es la en que los rayos de luz son devueltos de la imagen formada en el espejo al ojo del observador.

521. ¿Qué es ángulo de incidencia?

El ángulo que los rayos de luz, cayendo sobre una superficie reflejadora, forman con una línea perpendicular á la misma superficie.



Explicacion de las líneas y ángulos de incidencia y de reflexion.

522. ¿Qué es ángulo de reflexion?

El ángulo formado por los rayos rechazados de luz y una línea perpendicular á la superficie reflejadora; es siempre equivalente al ángulo de incidencia.

(Tómese una bala de mármol y hágase rodar por el suelo de modo que toque á la pared oblicuamente. Supongamos que A en el diagrama representa el punto de donde se arroja la bala. Esta no volverá á la mano ni se dirigirá á la línea B, sino que de rebote



Tomó un frasco de figura oblonga. (Pag. 375, col. 1.ª)

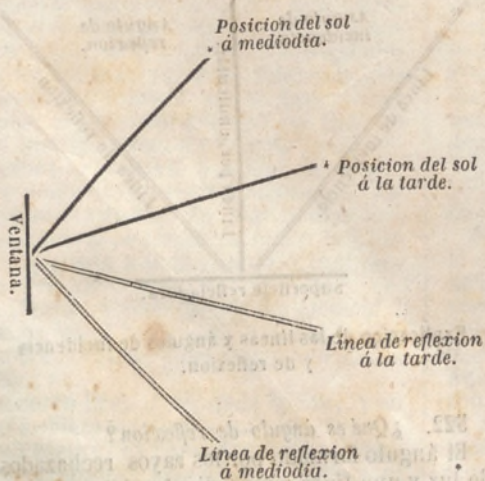
marchará ó será reflejada á C. Ahora bien, B es una línea imaginaria, perpendicular á la superficie reflejadora; por consiguiente resultará que el camino descrito por la bala al dirigirse hácia la superficie y al ser rechazada por ella, formará, con la línea B, dos ángulos iguales. Estos representan los ángulos de incidencia y de reflexión, y explican porque la reflexión de una persona, permaneciendo en el punto A, delante de un espejo, puede ser vista por otra persona situada en C. Esta sencilla ley de óptica explica una multitud de interesantes fenómenos, por cuya razón debiera estar bien presente en nuestra memoria.)

323. ¿Por qué las ventanas reflejan el sol por la tarde?

Porque el ojo del observador está en la línea de reflexión.

324. ¿Por qué las ventanas no reflejan el sol á mediodía?

No es que no lo reflejen, sino que nuestros ojos no están en la línea de reflexión.



Explicacion de las líneas de incidencia y de reflexión de los rayos del sol á mediodía y á la tarde.

(Por el anterior diagrama se ve claramente que los rayos de reflexión de la tarde hieren los ojos de los espectadores mientras que los del mediodía se pierden á causa de su posición perpendicular.)

(Se continuará.)

FÓRMULAS.

Agua dentífrica de oro, de los príncipes.

Esta agua mereció en 1830, en Francia, un privilegio de invención á su autor:

Se toma:

Canela quebrantada.	4 gramos.
Clavo.	4 »
Alcoholato de anís verde.	320 »

Se hacen macerar estas tres sustancias añadiéndoles:

Alcohol de 23 grados.	1 kilogramo.
Tintura de ámbar gris.	3 decigramos.
Idem de almizcle.	2 gramos.
Idem de menta.	5 decig.
Idem de canela.	16 gram.
Idem de vainilla.	16 »
Sub-carbonato de potasa.	16 »

Este sub-carbonato se mezcla desde luego á las tinturas precedentes y se reúne en seguida á todo el líquido despues de la destilación.

Finalmente se deja reposar y despues se trasiega, añadiéndole 12 centigramos de oro fino en hojas.

Nuevo descubrimiento contra el cólera-morbo.

M. Guthrie ha comunicado recientemente á la Sociedad médico-botánica de Londres dos cartas del príncipe Woronzow, jefe del ejército ruso de la Circasia, en las cuales dá cuenta de los grandes resultados obtenidos administrando petróleo á los cólericos. Llamó la atención el hecho de que un regimiento de cosacos se libraba del contagio, ó al menos que le pagase un tributo insignificante comparado con el de los demás regimientos.

Despues de practicadas varias indagaciones se supo que los cosacos enfermos empleaban un elixir cuyo elemento principal era el petróleo. A consecuencia de esta observacion, M. Andreanky, mé-

dico, emprendió una série de ensayos que dieron muy buenos resultados aun en los casos mas desesperados.

Este remedio fué administrado á la dosis de 10 á 12 gotas en un vaso de vino, que se repite cuandola poción precedente ha sido arrojada ó cuando aumenta el mal.

El petróleo empleado era lo que se llama nafta mineral, y procedía de Baku, en las orillas del mar Caspio.

Receta para que las sustancias se vuelvan incombustibles.

M. Angus Smith dice que se debe empapar la madera con una disolucion de sulfato de amoniaco, obtenido neutralizando el ácido sulfúrico con amoniaco impuro.

Si la sal se ha empleado en cantidad suficiente, la madera se vuelve incombustible, porque los productos de descomposicion de este sulfato no son en sí susceptibles de arder, á mas de que detienen la combustion.

M. Burnet recomienda por su parte una disolucion de cloruro de zinc. M. Smith dice que este medio es tambien muy apreciable, pues, segun él, el cloruro de zinc forma una combinacion con la fibra leñosa.

Cuando se emplea el sulfato de amoniaco se observan en la madera algunas manchas mohosas, pero esto no sucede si la disolucion ha sido preparada en vasos de hierro.

Segun M. Smith esta disolucion podria aplicarse á los buques para hacer menos posibles los casos de incendio; y cree que prestaria muy buenos servicios en la construcción de fábricas y otros edificios expuestos á ser presa de las llamas.

Debemos observar que el sulfato de amoniaco, siendo muy soluble en el agua, no produciria quizá tan buenos efectos ó no podria convenir de una manera absoluta en las construcciones expuestas siempre á la humedad. No obstante, es este un asunto digno de llamar la atención y de ser ensayado por los prácticos.

Por todo lo que antecede, F. GABAÑACH, editor responsable

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Gabañach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.